

## EL PÉSAME

*(En medio del escenario está **ELLA**, una mujer de mediana edad, de aspecto educado).*

**ELLA-** *(Narra, gesticulando, y en los diálogos entrecomillados, actúa, como si en realidad estuviera hablando con su interlocutora).* Yo, señor juez, es que siempre he sido muy mala fisonomista. Aunque conozca a alguien desde hace mucho tiempo, en cuanto cambia del lugar donde le tengo situado, se convierte para mí en un extraño. Eso me pasó con la panadera de mi antiguo barrio: todos los días la veía detrás del mostrador y todos los días hablábamos. Era una chica portuguesa, encantadora. Rubia, bajita, muy parecida a una vecina mía. Una vecina que me saludaba cuando nos cruzábamos con una familiaridad que me desconcertaba. Tardé varios años en darme cuenta de que las dos eran la misma persona. Y eso que un día oí a mi vecina hablando por el móvil en portugués, pero, aun así, subí a casa pensando en la casualidad de que vivieran en el barrio dos portuguesas, y las dos rubias y bajitas. No le di más importancia hasta que llegó el verano y vi a la panadera con una camiseta de color rosa fosforito y una gran flor de brillantina en el pecho, y al poco rato me encontré la misma prenda en el descansillo de la escalera, puesta sobre mi vecina. Entonces empecé a sospechar si no habría una relación muy íntima entre ambas... Porque a mí son los elementos postizos de las personas, como la ropa o las gafas o el peinado, los que me ayudan a identificarlas, como si todos fueran iguales entre sí, salvo en esos detalles. Y, por desgracia, esos elementos cambian frecuentemente. Por culpa de ellos, me he visto metida en muchas situaciones ridículas o penosas a lo largo de mi vida y me he granjeado numerosas antipatías. Cosa que me amarga, señor juez, porque intento caerle bien a la gente. Le doy mucha importancia a las relaciones humanas, aunque me cueste distinguir a un ser humano de otro. *(Escucha un*

*instante algo que supuestamente le dicen. Apurada*). Sí, sí, voy al grano... Por lo que le he explicado, cuando me trasladé a la casa donde vivo ahora, me propuse aprenderme las caras de mis vecinos de memoria, más o menos como se estudia uno los monumentos para un examen de arte, dedicando especial atención a los detalles. Así conseguí diferenciar a la del tercero -una mujer hosca y desabrida- de la del cuarto -mucho más amable-. Físicamente, eran como dos gotas de agua: las dos regordetas, con el pelo apesado en una hirsuta permanente, y siempre iban ambas vestidas de colores oscuros, pero la amable tenía un lunar prominente en la base de la nariz, y a él me agarré, metafóricamente hablando. La única pega era cuando coincidíamos en el ascensor y, por las estrecheces del recinto, sólo veía a mi compañera de perfil. Entonces no sabía si la verruga se albergaba al otro lado del apéndice nasal, o simplemente no existía. Y era un problema, porque la madre de la que me caía bien, la del cuarto, estaba enferma, y me gustaba preguntarle por ella de vez en cuando. En fin, señor juez, que el destino quiso ponerme en un brete: a la señora amable le extirparon el grano, y, encima, al poco tiempo, me enteré de que su progenitora había muerto. Naturalmente, quise darle el pésame, y al día siguiente, cuando vi un bulto negro que salía del portal, me acerqué a él con cara compungida. “¡Cuánto siento lo de su madre!”, le dije, tomándola afectuosamente del brazo. La mujer dio un salto atrás y me clavó unos ojos torvos. “¿Qué es lo de mi madre?”, preguntó. “Pues que haya fallecido”, contesté, intentando mantener una actitud respetuosa, aunque empezaba a dudar si no me habría equivocado de vecina. Ella misma me sacó de dudas. “Mi madre está hecha una rosa”, me soltó con aspereza. “Acaba de cumplir ochenta años y aún le queda mucha vida por delante, pese a quien pese”. Me disculpé, muy apurada, murmurando que a mí no me pesaba que su madre viviera cuanto le apeteciera, y no sé qué más tonterías. La cuestión, señor juez, es que seguía con el mismo problema: dar el pésame a la vecina afectada. Y entonces me la encontré a la tarde siguiente en la cola del supermercado. Iba justo delante de mí, y tenía que ser ella, porque a veces habíamos coincidido a esa hora, que es cuando vuelvo yo del trabajo. De todas formas, la estuve observando desde atrás, mientras las dos esperábamos para pagar: llevaba un abrigo negro, de luto, y, al llegarle el turno, no cruzó ni una palabra con la cajera, ella, que siempre es tan afectuosa. Debía de estar muy apenada. Todas estas observaciones me convencieron de que era la reciente huérfana, así que pagué lo mío y la abordé cuando acababa de acomodar la compra en el carrito, suspirando. “Buenas tardes”, empecé, y ella alzó hacia mí la mirada empañada por algún sentimiento que yo interpreté que sería de tristeza, conque me lancé sin pensármelo más: “Me he enterado de que ha

muerto su madre, y no sabe cuánto lo sienten....” No me dejó acabar la frase. Soltó el carro, que cayó al suelo con estruendo, y se enfrentó a mí con los brazos en jarras. “¿Está usted loca o qué bicho la ha picado? ¡La tía ésta!”, explicó a los clientes cercanos, que nos miraban asombrados. “¡Se ha empeñado en que mi madre se ha muerto, y de tanto decirlo, me va a traer mala suerte! ¡Vaya un pájaro de mal agüero!” ¡Así que tampoco ahora era ella, señor juez! Me puse de todos los colores, y me encogí sobre mí misma para hacerme pequeñita, invisible, hasta que conseguí salir, sorteando a la gente que se había juntado alrededor y me miraba con reprobación. “¡Como se me acerque otra vez, le doy un sopapo que la vuelvo del revés!”, se quedó gritando la vecina. “No te preocupes, que no me acercaré”, pensé. Ni a ella, ni tampoco a la otra para darle el pésame, porque ¿y si me volvía a equivocar? No, mejor sería evitarlas a las dos por si acaso. Lo sentía por la de la madre muerta, que era tan cariñosa la mujer, pero no me podía arriesgar. De modo, señor juez, que cada vez que iba a salir o a entrar en el portal, escudriñaba los alrededores para asegurarme de que ninguna de ellas andaba por allí, y entonces cruzaba la puerta rápida y fugazmente, como un ladrón. Así pasé varios días, hasta que la tarde de marras del treinta y uno de octubre, cuando volvía del trabajo en autobús, vi que una de las dos se montaba en la parada del cementerio. “Ésta sí que es ella, que habrá ido a llevarle unas flores a su madre”, me dije. A pesar de eso, decidí actuar con cautela y me volví a observarla de reojo. Se había sentado dos filas detrás de mí, al lado de una anciana. Iba completamente de negro y se estaba rascando una aleta de la nariz. Probablemente le molestaba la cicatriz que le habían dejado al quitarle la verruga. La siguiente vez que giré la cabeza con disimulo, vi que, efectivamente, tenía enrojecida la piel de esa zona. Sí, no cabía ninguna duda. Definitivamente, no era la antipática, así que por fin podría expresarle mis condolencias. Cuando vi que se preparaba para bajarse en la parada más cercana a nuestra casa, también yo me levanté, aunque, por precaución, antes de decirle nada, la miré de frente. “Si me pone mala cara, es que, a pesar de todas las apariencias, es la otra”, pensé. Y entonces me sonrió. Más tarde he comprendido que era una sonrisa triunfal, porque me iba a demostrar que su madre estaba viva y allí mismo, delante de mí. Pero en aquel momento me pareció un gesto amable que me borró todo asomo de duda, conque me incliné hacia ella y empecé de nuevo mi perorata con gesto afligido: “Llevo días queriendo verla para decirle que he sentido mucho el fallecimiento de su...” Me callé, porque había abierto una boca enorme que parecía que me iba a tragar, aunque en realidad rompió a gritos: “¿Es que nos está echando mal de ojo? ¡Bruja, más que bruja! ¡Está usted endemoniada, y al final nos va a traer una desgracia!” Sentí en mí las miradas

de todos los viajeros, y, muerta de vergüenza, me tiré del autobús, que acababa de abrir las puertas. En mi precipitación no vi a la anciana que se disponía a bajar delante de mi vecina, y me la llevé por delante. La misma anciana que, según me enteré después, iba sentada a su lado, y que era su madre. La pobre señora se pegó un golpe muy fuerte en la barbilla contra el bordillo de la acera y... Ya sabe usted cómo acabó la cosa, señor juez. En resumen, que ahora sí que tengo motivo para darle el pésame a la hija. Pero ya no me atrevo.